

## *Paul Krugman: «¡Acabad ya con esta crisis!»*

*Crítica, Barcelona, 2012, 652 páginas*

*José M. Domínguez Martínez*

**A** la hora de buscar un libro adecuado para recensionar en un número de una revista centrado en el mercado de trabajo, difícilmente puede encontrarse otro mejor, a priori, que uno en cuya dedicatoria conste «A los que están en paro, que merecen algo mejor». La obra de Paul Krugman en la que figura, además, un título tan imperativo como expresivo del anhelo popular, que encabeza estas líneas, era así una candidata natural a tal fin.

La obra, que apareció en 2012, es una especie de compendio de los fundamentos que sustentan la posición que nutridos grupos de economistas (y no economistas), identificados con las recetas keynesianas, vienen propugnando desde hace años como salida de la crisis más severa vivida desde la Gran Depresión, quizás incluso con mayores dosis de complejidad y dificultad.

Declara Krugman en la introducción del libro que su prioridad no es dar una explicación de lo que ha pasado, sino qué debe hacerse para dejar atrás la crisis, que está originando graves penalidades a muchas personas. Igualmente en la introducción sintetiza su tesis principal: la persistencia de la crisis obedece a que no se está haciendo uso del conocimiento acumulado, ya que quienes manejan los resortes del poder han olvidado las lecciones de la historia y las conclusiones del análisis económico. Se ha hecho, así, caso omiso de la que él considera máxima esencial de Keynes: «el auge, y no la depresión, es la hora de la austeridad». Postula, por tanto, que el gobierno gaste más, y no menos, hasta que el sector privado esté preparado de nuevo para impulsar la economía. Sin embargo, declara, «lo habitual ha sido instaurar políticas de austeridad y de destrucción de empleo».

En su libro, Krugman «intenta romper con el predominio de este saber convencional tan destructivo y defiende la necesidad de adoptar políticas expansivas y de creación de empleo». A ese propósito dedica, con la prosa iluminada y vehemente que le caracteriza, los trece capítulos que integran la obra, a los que se añade un epílogo acerca de los efectos del gasto público.

En el primero ilustra la magnitud y las implicaciones de la crisis, con sus lacerantes consecuencias vinculadas al desempleo. Krugman describe un panorama desolador para la economía estadounidense, lo que lleva inevitablemente al lector español a plantearse cómo habría que transmitir entonces la realidad de un mercado de trabajo como el español, con una tasa de paro que resulta ya, por su magnitud y persistencia, verdaderamente difícil de calificar. Siguiendo la tradición keynesiana, el galardonado con el Premio Nobel de Economía en el año 2008 considera que las estrategias económicas orientadas al largo plazo ignoran el sufrimiento causado en el presente y las secuelas que de él pueden derivarse. En comparación con Estados Unidos, valora positivamente las redes de seguridad social existentes en Europa, pero subraya que «la extraña combinación europea» de unidad (monetaria) y desunión (política y económica) «se ha convertido en una fuente gigantesca de debilidad y crisis renovada».

El panorama económico es desastroso, pero lo que lo convierte en terrible, según Krugman, «es que no hay necesidad de que todo esto esté pasando... Disponemos tanto del saber como de los instrumentos precisos para poner fin a este sufrimiento». Pese a todo, llama a la esperanza: «Pero que nadie se rinda: podemos concluir esta depresión. Sólo necesitamos claridad de ideas y voluntad». Calibrar en qué medida el adverbio utilizado es apropiado para valorar la magnitud de los requisitos planteados queda, naturalmente, a juicio de cada lector.



---

El segundo capítulo se centra en una serie de cuestiones básicas en relación con una depresión económica. La génesis de una crisis de demanda acapara especialmente la atención. Las interrelaciones económicas implican que el gasto de unos agentes sea el ingreso de otros, y viceversa. Fallos de coordinación pueden tener grandes repercusiones colectivas. Para Krugman, el problema de la crisis radica en una escasez de la demanda. En ausencia de ésta, los tipos de interés reducidos, incluso cercanos a cero, resultan ineficaces (trampa de la liquidez). La clave para salir de la crisis es que los gobiernos aumenten el gasto.

Pese a la declaración expresa de centrarse en lo que hay que hacer, una buena parte de la obra está dedicada a explicar lo que ha pasado. El desapalancamiento, que puede estar justificado para un agente aisladamente considerado, puede tener un efecto nocivo si se generaliza. Ante una situación de endeudamiento elevado, algún factor puede activar el «momento de Minsky»: los prestamistas «redescubren» los riesgos de la deuda, los deudores inician su desapalancamiento y se pone en marcha la espiral deflación-deuda de Fisher. En este contexto, Krugman se opone radicalmente a las políticas de recortes salariales (que, sin embargo, llega a justificar posteriormente para algunos países de la Unión Europea), ya que llevan a una disminución general de los ingresos, pero dejan inalterado el nivel de deuda.

En este marco, una referencia al origen de la crisis financiera internacional no podía faltar. La desregulación se sitúa en el punto de mira como factor clave en la explosión del endeudamiento, en tanto que la figura, otrora venerada, de Alan Greenspan recibe los mayores varapalos. La escasa capitalización de las instituciones financieras es uno de los puntos débiles destacados por Krugman. La cancelación de las normas de Glass-Steagall, que habían mantenido separadas las actividades de banca comercial y de inversión en Estados Unidos, posibilitó que se fuera fraguando la crisis. Una «verdadera locura» se desató dentro de la banca, en la que, según el economista norteamericano, «la regulación laxa también creó un entorno permisivo para el robo directo». Este tipo de apreciaciones completa el panorama trazado, cuyas consecuencias vincula a la generación de grandes desigualdades en los ingresos personales: «el rápido aumento de los ingresos de la minoría acaudalada refleja los mismos factores sociales y políticos que fomentaron la laxitud en la regulación financiera». Ahora bien, considera que es difícil de demostrar la existencia de «una flecha de causalidad tal que una directamente la desigualdad de ingresos con la crisis financiera».

Se adentra luego en ilustrar cómo el respaldo de grupos relevantes de economistas a la hipótesis de los mercados eficientes ha sido uno de los ingredientes que ayudaron a la gestación de la crisis. El optimismo ciego de quienes habían vaticinado el fin de las recesiones económicas ha quedado completamente en entredicho. Krugman arremete contra las teorías macroeconómicas que se prestan a la fantasía de los modelos matemáticos, defendidos por economistas a los que atribuye un sesgo conservador. Sin ningún tipo de ambigüedad, proclama su credo en los postulados keynesianos y aboga decididamente por los estímulos fiscales para recuperar la economía, convencido de su eficacia.

Ni siquiera el Presidente Obama, a quien acusa de falta de valentía, se libra de las críticas, al no haber sido capaz, en opinión del mediático Premio Nobel, de impulsar la acción política necesaria para frenar el incremento del desempleo. Después de describir cómo se gestó la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos y cómo se desencadenó la crisis financiera, Krugman, un tanto sorprendentemente con arreglo al hilo de su discurso anterior, admite que era preciso rescatar a los bancos, si bien a través de una mejor negociación gubernamental. El paquete de estímulo fiscal del gobierno estadounidense se quedó cortó y el aumento de la participación del gasto federal en el PIB, de 4,4 puntos porcentuales entre 2007 y 2011, es matizable, según su apreciación. Por otro lado, se declara partidario de haber aplicado una reducción de la deuda directamente.

Más adelante, relativiza los problemas derivados del déficit y del endeudamiento: «no supondría ninguna tragedia que la deuda continuara aumentando, a condición de que lo haga más lentamente que la inflación y el crecimiento económico» (no se explicita, sin embargo, cuál sería la recomendación en una situación de decrecimiento del PIB o cuando haya que apelar a prestamistas exteriores). Asimismo, cuestiona la doctrina de la austeridad expansiva, ya que «el intento de mejorar la perspectiva fiscal por la vía de recortar los gastos en una economía deprimida puede terminar siendo contraproducente incluso en el más estricto sentido fiscal». El problema de la deuda se cura con más deuda, asevera Krugman, quien expone cómo el fantasma de la inflación se aleja en los entornos de depresión económica. En éstos, la inflación no es sino una fuente de beneficios, concluye.

Uno de los capítulos de la obra comentada, el décimo, lleva un título bien expresivo: «el crepúsculo del euro». En él no faltan referencias a España, «que ha vivido buena parte de la última década fortalecida por un gigantesco auge inmobiliario, financiado con grandes entradas de capital proveniente de Alemania... pero, al

---

final, resulta que el auge estaba hinchado por una burbuja que ahora ha estallado». Los inconvenientes de acceder a una moneda única quedaron eclipsados ante un diseño institucional incompleto. La crisis financiera en Estados Unidos fue el desencadenante del derrumbe europeo, pero ese hundimiento habría llegado igualmente, asegura Krugman, con la evidente ventaja que siempre otorga vaticinar lo que ya ha sucedido. Aunque considera que las cuestiones fiscales no están en el origen del problema, proclama, en un nuevo giro inesperado que podría dejar boquiabierto a más de un lector, que «los países deficitarios tienen problemas de déficit y endeudamiento y tendrán que poner en práctica medidas de considerable austeridad fiscal, durante un tiempo, para ordenar sus sistemas fiscales». Esta manifestación no le impide, a renglón seguido, lanzar una abierta crítica contra los programas de ajuste impuestos por la «troika», ni desplegar una batería de argumentos contra las políticas de austeridad fiscal.

La receta es inmediata cuando el sector privado no está dispuesto a gastar lo suficiente para utilizar toda la capacidad productiva de la economía: el recurso al gasto público. Una clara exhortación a poner fin a la crisis da título al último capítulo, en el que se reitera la tesis de que la depresión que estamos atravesando es gratuita. La solución radica en el empleo de políticas monetarias y fiscales expansivas. Lo que bloquea la recuperación (en Estados Unidos) «es solamente la falta de lucidez intelectual y de voluntad política».

No hay que perder de vista, sin embargo, que el mensaje final parece estar especialmente acuñado para el coloso norteamericano. Los resortes de actuación para un país como España, integrado en una unión monetaria, se antojan algo más limitados, lo que eleva el grado de dificultad para superar los retos económicos actuales. Y, desde luego, no puede obviarse un hecho trascendental: una tasa de paro del orden del 10%, considerada «descabellada» para Estados Unidos, resulta sólo algo superior a la mínima registrada en España en el momento cumbre de la última expansión económica.

De la obra de Krugman podemos extraer aleccionadoras conclusiones y directrices de actuación. No obstante, en lugar de repetir de manera insistente, aunque justificadamente, su título, tal vez habría que alterar la persona del imperativo para proclamar: ¡Acabemos ya con esta crisis!, dentro de una Unión Europea que debe renacer de sus cenizas. El presente dentro del proyecto europeo es duro y el futuro, complicado; fuera de él, quizás no haría falta un gran esfuerzo de imaginación: los recuerdos del pasado aún siguen vivos.

